

JOSÉ MARÍA TORRALBA

UNA EDUCACIÓN LIBERAL

ELOGIO DE
LOS GRANDES
LIBROS



Una educación liberal

José María Torralba

Una educación liberal

Elogio de los grandes libros

Prólogo de Roosevelt Montás



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022
Prólogo de Roosevelt Montás

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 100

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
ISBN PDF: 978-84-1339-761-0
Depósito Legal: M-2766-2022
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	17
I. EL DEBATE SOBRE LA NECESIDAD DE LAS HUMANIDADES. ¿QUÉ HUMANIDADES? ¿NECESARIAS PARA QUIÉN?	27
La cultura que la sociedad necesita.....	27
De los bárbaros, la salvación	32
II. DE CÓMO SE INVENTARON LAS HUMANIDADES. ORIGEN Y DESARROLLO DEL <i>CORE CURRICULUM</i> ...	37
De los <i>studia humanitatis</i> a las humanidades.....	38
El <i>core curriculum</i> : Columbia, Harvard y Chicago.....	42
La crisis de las humanidades y la «multiversidad»	48
La idea de «una idea de una universidad».....	53
La revolución del 68 y el <i>core curriculum</i>	55
Del <i>leadership</i> al rebaño.....	59

III. SABIDURÍA, JUICIO Y VERDAD: TRES RASGOS DE LA EDUCACIÓN LIBERAL	65
Cultivar la perspectiva sapiencial.....	67
Desarrollar la capacidad de juzgar.....	71
Suscitar el interés por la verdad	77
IV. LOS GRANDES LIBROS EN UNA UNIVERSIDAD DE TRADICIÓN NAPOLEÓNICA	83
Decisiones institucionales: titulaciones profesionalizantes con <i>core curriculum</i>	85
La formación de los profesores y la profesión como servicio...	89
Un <i>core curriculum</i> con dos metodologías: clases expositivas y seminarios de grandes libros	92
Virtudes educativas de los seminarios de grandes libros	97
V. EDUCACIÓN ÉTICA Y DEL CARÁCTER EN LA UNIVERSIDAD	109
Ética en la enseñanza universitaria	110
La educación del carácter en la tradición de la educación liberal.....	113
La escisión público-privado y la ética profesional.....	117
VI. NACIDA DEL CORAZÓN DE LA IGLESIA: UNIVERSIDAD Y CRISTIANISMO	123
La «multiversidad» y las universidades de inspiración cristiana	126
Modelo funcionalista e interpretativo de la identidad institucional.....	128

La doble identidad de la universidad católica	130
La tensión propia de todo lo vivo.....	133
VII. LA UNIVERSIDAD COMO COMUNIDAD	
INTELLECTUAL	139
Las universidades como lugares de desacuerdo obligado.....	140
Estructuras y personas.....	142
CONCLUSIÓN. DIEZ PRINCIPIOS	
DE EDUCACIÓN HUMANISTA.....	145
AGRADECIMIENTOS.....	153
BIBLIOGRAFÍA	159

*A Alejandro Llano, quien por primera
vez me habló de la educación liberal*

PRÓLOGO

Una educación liberal es un libro importante. Es la muestra más completa que conozco en el ámbito europeo del movimiento intelectual que, a ambos lados del Atlántico, se ha propuesto reparar los daños académicos, culturales e institucionales que ha sufrido la tradición de la educación humanista. En estas páginas, José María Torralba se ocupa de la historia de la educación liberal y sus principios teóricos, así como de los problemas prácticos que suelen impedir o dificultar la formación de los alumnos en las humanidades, con independencia de la carrera que hayan elegido. El resultado es un libro que no solo nos educa e inspira, sino que también nos desafía y ofrece las herramientas necesarias para afrontar el reto. El reto se refiere al futuro de la educación universitaria en un mundo cada vez más tecnocrático, de cambios profundos y acelerados, y en el que está en juego el propio sentido de lo que significa ser humano. Este libro es importante no solo por su reflexión sobre la institución universitaria sino también por lo que aporta, siguiendo la línea de José Ortega y Gasset en *Misión de la universidad* (1930), a nuestro pensamiento social.

La misión dominante en la universidad contemporánea, aunque con notables diferencias entre los diversos modelos, es la investigación: el descubrimiento, la acumulación y la difusión de conocimientos. Entre los siglos XVI y XVIII, la universidad tardomedieval —aquella que René Descartes abandonó

por su preferencia por la investigación que vendríamos a llamar científica — fue deshaciéndose y dando paso a un nuevo paradigma. A veces se habla de la revolución científica, o de la Ilustración, o de la edad de la razón, enfatizando uno u otro aspecto de la transformación epistemológica que, con el tiempo, nos condujo a la modernidad, con sus formas de organización características: la revolución industrial, la democratización, la secularización o el mercado libre. Entre sus principales instituciones, destaca la universidad moderna, que se convirtió en el vehículo fundamental de transmisión de la nueva concepción epistemológica.

El triunfo de la universidad moderna como institución coincide con el de la ciencia como madre de la modernidad. Desde mediados del siglo XIX y a lo largo del XX, la universidad gira su rostro, dejando de fijar su mirada en la tradición, para hacerlo en la novedad y los descubrimientos. Se convierte entonces más en impulsora del futuro que en guardiana de los saberes heredados. Bien captó el espíritu de esta reorientación Ralph Waldo Emerson cuando apuntó en su ensayo «Círculos» que «solo lo venidero es sagrado» (*the coming only is sacred*).

No se trata de poner en cuestión el éxito del régimen epistemológico moderno, ni de minimizar sus logros, ni siquiera de intentar desplazar el dominio de la ciencia en la universidad actual. Pero sí necesitamos reconocer, antes de que sea demasiado tarde, que con esta manera de progresar en el conocimiento se ha descuidado la formación humana de los estudiantes. Esta formación humanista se puede llamar también educación ética o educación cultural. En todo caso, se trata de aquella educación «liberal» sobre la que Aristóteles decía en la *Política* que se le ofrece al estudiante «no por ser útil ni necesaria, sino por ser libre y hermosa» (VIII, cap. 4, 1338a, 30-31). Precisamente esta educación es la que, en gran parte, ha quedado excluida del planteamiento epistemológico y la organización curricular de la universidad moderna.

Se denomina educación «liberal» precisamente porque se dirige a la condición de cada persona como agente dotado de libre albedrío, es decir, alguien que se encuentra en la inevitable necesidad

de organizar su vida según alguna noción —asumida o elaborada— del bien humano. La educación liberal no considera al alumno como un futuro médico, ingeniero o profesional del tipo que sea, sino como un ser humano en proceso de desarrollo y maduración, es decir, como una persona que tiene que encauzar su vida y convertirse en miembro responsable de una comunidad. Esa persona —toda persona— se ve obligada a emplear su propia libertad y, en nuestras democracias, tiene igualmente la obligación de ocupar un lugar en la sociedad, ejerciendo sus derechos de ciudadano. ¿Cómo preparar a tal persona para afrontar esas responsabilidades de la manera más acertada, consciente y eficaz? Esta es la misión de la educación liberal, una educación que se basa en la condición libre del ser humano y que busca despertar en el estudiante la conciencia de su responsabilidad. Es «liberal» aquella educación que se cultiva no como medio para alcanzar otro fin, sino como un fin en sí mismo, con valor intrínseco. Su valor no depende de su utilidad, sino de la dignidad inherente del sujeto al que va destinada.

Por ser el tipo de seres que somos —cuyas aspiraciones, inquietudes y bienestar no se reducen al alimento diario—, la universidad, incluso la universidad moderna, descuida su misión esencial si no reconoce al alumno como algo más que un aspirante a obtener una cualificación profesional. La universidad, además de preparar al estudiante para el mercado laboral, debe preparar a los jóvenes para una vida cuyas dimensiones exceden las necesidades materiales. A la universidad también le corresponde ocuparse del alumno en su dimensión personal y cívica. Tal es la función de la educación liberal.

¿Por qué importa que las universidades retomen su misión de formar no solo profesionales sino ciudadanos, no solo especialistas sino personas completas? Torralba lo explica con estas palabras: «¿Quién es el responsable de que las cosas cambien en la sociedad? La respuesta habitual en nuestras latitudes es: ‘El Estado y los políticos’. Sin pretender quitarles ninguna responsabilidad, ya que es su trabajo, me atrevería a decir que, en este aspecto, tan responsable o más es la institución universitaria. En ella se preparan los

futuros profesionales. Además, sus campus reciben cada año a los nuevos ciudadanos y futuros dirigentes sociales, precisamente en unas edades que son decisivas para el desarrollo y la maduración personal» (p. 110). Quiéralo o no, la universidad tiene una responsabilidad ética ante la sociedad. Se trata de una obligación que nunca desaparece, aunque sí puede —y, por desgracia, suele— ser desatendida. Este libro sirve como argumento, justificación y guía acerca de cómo nuestras universidades deberían dar respuesta a su responsabilidad para con la sociedad.

Quizás el mayor aporte práctico de *Una educación liberal* sea su exposición sobre el valor educativo de los seminarios de grandes libros. Los seminarios de grandes libros son una metodología docente que se caracteriza por seguir «un currículo basado en la lectura y discusión en grupos reducidos de las grandes obras de la cultura occidental» (p. 44) donde «los participantes se implican existencialmente» (p. 98). En uno de los capítulos, el autor nos explica cómo se ha desarrollado la reciente puesta en marcha del Programa de Grandes Libros en la Universidad de Navarra, que actualmente cursan cerca de 1.000 alumnos de grado. Diría que este ha sido un logro significativo en el panorama de la educación liberal en Europa y transmite una experiencia que puede ser útil para otras instituciones. Con característica modestia, al hilo de su exposición, Torralba sugiere que «como sociedad, nos iría mejor si quienes se dedican a la política tuvieran que pasar antes por unos cursos de este tipo» (p. 103).

Entre las muchas virtudes del libro destacan la atención que presta a la práctica docente, a lo que ocurre en las aulas y, sobre todo, a lo que sucede en las vidas de los alumnos y profesores que las habitan. Las voces de los estudiantes, en forma de anécdotas y reflexiones sobre su propia experiencia como docente, prestan brillo y contundencia a los argumentos de José María Torralba. Por ejemplo, cuando nos cuenta algo que le sucedió tras realizar en clase un debate sobre un tema ético de actualidad. Torralba presentó su propia conclusión tomando en cuenta los diversos argumentos que habían ido apareciendo. Entonces, una alumna

levantó la mano y dijo: «Lleva usted razón. El argumento es correcto, pero no lo comparto». Torralba explica que ese fue «un momento de crisis en mi vocación como profesor» (p. 77). El sucedido ilustra la realidad de que el amor por la verdad no es algo que podamos dar por sentado en nuestros alumnos, ni que se logre con argumentos o amonestaciones; solo cabe cultivarlo en el aula.

Podemos alimentar las inteligencias y refinar las destrezas de nuestros estudiantes, pero también tenemos que cultivar disposiciones que lleguen a algo más profundo. El aspecto liberal de la educación universitaria se ocupa de que nuestros alumnos no solo sepan calcular correctamente, sino que también desarrollen el interés por la verdad, la rectitud de juicio y la integridad intelectual. Estas son disposiciones que se transmiten más por un proceso de contagio que por instrucción explícita. Se consigue mediante el trabajo intelectual del profesor y de los demás alumnos. Al profesor le corresponde una función que no es de autoridad absoluta, sino de conductor de un proceso de crecimiento intelectual colectivo. Y no está de más resaltar que estas disposiciones impregnan todos los aspectos de la vida del alumno, desde su privada interioridad hasta sus actuaciones más públicas.

Este libro constituye una invitación a que las universidades desarrollen o fortalezcan sus programas de estudios generales o educación humanista. Cada institución tendrá sus propias tradiciones, valores, recursos y posibilidades. No hay un único modelo que sirva para todas. Pero en todas resulta posible mitigar el encarrilamiento curricular del alumno, la compartimentalización del conocimiento en los estudios de grado, así como el desmantelamiento de la formación humanística. Como ejemplo —y en ciertos casos como modelo— de lo que es posible conseguir hoy en día, la experiencia de la Universidad de Navarra, presentada aquí de forma elocuente, resulta altamente instructiva. Además, para las universidades que son de inspiración cristiana, Torralba muestra que la convivencia de su doble identidad —como universidades y como instituciones religiosas— no es solo posible sino

mutuamente beneficiosa, pues «la naturaleza de ambas identidades es la misma: la pregunta por la verdad» (p. 134).

Torralba concluye su brillante libro con diez principios de educación humanista. La lista y explicación de cada principio resume bien la esencia de todo el texto. Resalto el último: «Leer a los clásicos». Esa indicación enlaza directamente con la propuesta que anima el libro en su conjunto, que es la que ya hizo hace casi un siglo Ortega en *Misión de la universidad*: «crear una ‘Facultad de Cultura’, es decir, un *core curriculum*. Quizá ha llegado el momento de recoger el guante» (p. 144). Y así es.

Roosevelt Montás*

*Roosevelt Montás es profesor de la Universidad de Columbia, donde fue director del Center for the Core Curriculum entre 2008 y 2018. Actualmente dirige el Freedom and Citizenship Program, que introduce a estudiantes de secundaria con escasos recursos económicos en la tradición del pensamiento político occidental mediante el estudio de los textos fundacionales. En 2021 ha publicado *Rescuing Socrates: How the Great Books Changed My Life and Why They Matter for a New Generation* (Princeton University Press).

INTRODUCCIÓN

Viajar forma parte de la vida humana. Si algo aprendimos de Heródoto es que las fronteras están para cruzarlas; y viajeros más cercanos a nosotros en el tiempo, como Kapuscinski o Magris, nos han enseñado a hacerlo. Los viajes que emprendemos —geográficos, sentimentales o espirituales— trazan el horizonte de nuestra existencia. Viajar nos permite vivir más y, a veces, incluso vivir mejor. Es como los ratos que dedicamos a leer, que dilatan nuestro tiempo y nuestra vida.

Este libro comenzó con un viaje, hace una década, a los Estados Unidos. Me trasladé a la Universidad de Chicago para realizar una estancia de investigación en el Committee on Social Thought. Ya conocía la universidad de una visita anterior. Sin embargo, empecé a notar que el clima intelectual (el tono de las conversaciones, los seminarios académicos y las actividades organizadas) era distinto del que esperaba. Poco a poco fui descubriendo qué había allí de especial y cuál era la larga historia que lo explicaba.

Un día, caminando por el campus, me topé con unos carteles que, en grandes letras, preguntaban «¿Por qué murió Sócrates?». Era el anuncio de una conferencia para los estudiantes de primer año. No debería haberme llamado la atención: ¿qué tiene de especial ocuparse en la universidad de los acontecimientos fundacionales de nuestra cultura? Sin embargo, despertó mi curiosidad porque no había visto nada igual, al menos de esa manera, en otras